Irene Vallejo

Doctorado Honoris Causa - UNED
Madrid, 21 de febrero de 2025

Discurso de Agradecimiento

Saludos al Rector magnífico Ricardo Mairal, a la Vicerrectora Karen Vilacoba, al Secretario de Estado de Educación Abelardo de la Rosa, a la Consejera, mi querida Cristina Aranda, y a la Secretaria general Elena Maculan. Mis primeras palabras solo pueden ser de gratitud honda y cálida al Rector; a mi padrino Antonio Moreno, por su laudatio inmoderadamente generosa; al decano de la Facultad de Filología, Rubén Chacón, y a todo el equipo de la UNED, con el que algunos miembros de mi familia han colaborado: gracias a quienes me acompañan hoy aquí, gracias también a quienes trabajan cada día en sus centros, por toda nuestra geografía.

Cuenta una antigua leyenda que una mujer joven inventó la pintura para aferrar sus recuerdos, para poseer la huella de un instante efímero. Ella, de cuyo nombre Plinio el Viejo no quiso o supo acordarse, era hija del alfarero Butades de Sición. Estaba enamorada de un hombre que pronto partiría de viaje. En aquel tiempo era tan peligroso aventurarse por los caminos polvorientos, entre los bosques donde acechaban los bandidos, que nadie decía adiós sin un nudo en la garganta. Durante su última noche juntos, a la luz de una vela, la chica dibujó la sombra de su amante en la pared de la habitación. Ese primer trazo fue una rebelión frente al olvido y la ausencia.

También la escritura nació como dibujo y como promesa de salvar lo fugaz. Durante la mayor parte de nuestra historia, las palabras escapaban de los labios, y no existía ningún modo de retener aquellos sonidos breves y fugaces, apenas una vibración de aire. En la estela de aquella primera pintora

que atrapó el contorno de su amante, nuestros antepasados tuvieron la asombrosa idea de dibujar sus pensamientos para conservar su recuerdo cuando, como decía Homero, ya han huido dejando atrás el vallar de los dientes.

Tras la invención de la escritura, llegarían los libros y la educación. Al principio, fueron bienes escasos, solo al alcance de una minoría privilegiada. Muy pocos individuos sabían leer y escribir en las culturas antiguas, solo los miembros de la casta de los escribas, el grupo más poderoso después del rey y su corte. En los sistemas de escritura originarios, era preciso conocer cientos y, con el paso del tiempo, miles de signos. Era un lento aprendizaje que solo podían permitirse los más ricos en unas escuelas exclusivas. Entre los escribas allí formados se elegía a los altos funcionarios y sacerdotes del reino, que luego intervenían en las luchas sucesorias y aprovechaban para imponer sus criterios y conveniencias. Con la invención fenicia del alifato, luego alfabeto gracias a los griegos, empezó el sigiloso camino, todavía inacabado, hacia la escuela universal.

Durante muchos siglos los libros permanecieron guardados en los palacios de los ricos, en los grandes conventos, en las mansiones más suntuosas, en los pisos principales de las casas nobles. Las bibliotecas solían ser estancias en mansiones con techos pintados y escudos heráldicos. Exigían un conjunto de accesorios básicos: muebles de madera con volutas y puertas acristaladas, escaleras de mano, atriles giratorios, enormes mapamundis, mayordomos con plumero.

Hoy, aquí, el paisaje se ha transformado.

Quien soy –la mujer, la escritora, la ciudadana– es fruto de la educación pública. No hay formación que no sea a la vez transformación. Creo que nada de lo que podamos lograr es solo mérito nuestro. De Platón y Protágoras aprendí que ninguno de nosotros se basta a sí mismo. Somos indigentes y estamos necesitados de muchas cosas. Lo diré con las exquisitas palabras

de Emilio Lledó, en su ensayo *Sobre la educación*: "La negación de la autarquía es, en el fondo, el motor de la solidaridad, de la problemática y apasionante sociabilidad: búsqueda de equilibrio, necesidad de dar y recibir ayuda. En la raíz de la palabra educación está un verbo latino que significa guiar, conducir; pero también sacar algo de alguien: guiar pues y desarrollar lo que yace en el fondo originario de cada naturaleza, que es dinamismo, posibilidad, evolución, progreso. Por ello es esencial la defensa de una escuela pública que haga desaparecer las azarosas e injustas diferencias que necesariamente impone la sociedad".

En el colegio, empecé a ejercer la filología a muy tierna edad. Un buen día apareció en mi escuela un grupo de niñas chinas recién llegadas con sus familias, que no entendían nuestra lengua. Yo, la rara de la clase por aquel entonces, sentí la urgencia de acercarme a las extranjeras. Quería agrietar el muro macizo de la incomprensión lingüística, aprender y enseñar palabras, conseguir que los opacos sonidos de dos lenguas completamente distintas se abriesen a las chispas de la comprensión. Me recuerdo a mí misma, en casa, discurriendo la mímica con la que intentar explicarles, al día siguiente, la diferencia entre agua y sed. Qué placer cuando trenzamos el primer diálogo precario, cuando pudimos intercambiar las primeras palabras aladas, flechas de sentido, aves semánticas. Sí, recuerdo el placer, la dicha de los dichos. Con el paso de los años he entendido cuánto me transformó esa amistad infantil, cómo me liberaron aquellas niñas, tan otras, de la tentación del ombliguismo. En la biblioteca del colegio, con ellas, descubrí el apetito de las lenguas. Comprendí que a las personas se las recuerda por las palabras que han dicho y las historias que han contado, mucho más que por su estatura, el trazado de sus ojos o el color de su pelo.

Elegí una carrera desaconsejada, la más temeraria de todas las filologías. En la misma Universidad donde había estudiado María Moliner, mi titánica y terca paisana, que me ofreció un maravilloso modelo de insensatez en

aquel diccionario urdido durante años, con aragonesa terquedad, sobre la mesa de una humilde cocina.

Insistí contra viento y marea en matricularme en filología clásica por motivos de impecable pragmatismo. Porque quería leer en su lengua original las historias de Homero que mi padre me contaba en la niñez antes de dormir. Porque una profesora de griego en el instituto me hizo pensar que sería duro vivir sin genitivos y dativos, sin Safo ni Sófocles. Felices quienes topan con buenos maestros, aunque sea una sola vez en la vida: ya no habrá vuelta atrás.

Muchas voces dicen que Tucídides y Tácito, Heródoto y Eurípides tal vez pertenecen a un hábitat de viejas estanterías polvorientas. Yo creo que los clásicos no son modelos, son surcos. Con la azada del pensamiento araron la tierra, la dejaron roturada para nosotros. Sembramos en esos surcos. Leer la literatura del pasado no es una labor pasiva, sino creativa. Nuevas ideas brotan del mismo suelo, otras estrofas de agua corren por los cauces de los milenarios ríos. Como quiere la etimología, la cultura es cultivo. El pasado no es un museo de figuras de cera ni un cementerio. Es territorio fértil.

Quisiera insistir en que, para conseguir un horizonte de justicia, es vital reivindicar las viejas estanterías, defenderlas, salvarlas. Como relaté en *El infinito en un junco*, fueron necesarios innumerables esfuerzos para reunir libros en Alejandría, extenderlos en la red de bibliotecas romanas, protegerlos en los siglos de saqueos y furia, traducirlos a otras lenguas, conservarlos en abadías encaramadas en riscos, rescatarlos, democratizarlos. Durante largo tiempo, durante inacabables milenios, los libros eran emblema de lujo y privilegio. Es revolucionario que el conocimiento del pasado nos pertenezca a todos. Es audaz entablar diálogos con las mejores mentes de todos los tiempos.

He descubierto con alegría que la UNED está levantando el proyecto de un Grado de Estudios de la Antigüedad. Quiero celebrarlo en esta sala que

lleva el nombre de Emilio Lledó, con otra de sus inapelables maravillas: "Los errores de una sociedad cuyos negocios y pragmatismos lleva a convertirnos en animales de consumo, sin otros ideales que aquellos que acaban consumiendo al consumidor. Porque dentro de las Humanidades, la Historia de la Literatura, por poner otro ejemplo, nos brinda la posibilidad de enriquecernos con lenguajes distintos del monótono y repetido que tenemos con nosotros mismos, con nuestras inmediatas y concretas preocupaciones, y llevarnos a dialogar con otras voces que siguen vivas en el ancho territorio de los libros".

Toda mi admiración, maestro Lledó. En su reciente libro *Secreto y pasión de la literatura*, escribe Juan Cruz, que fue su alumno durante sus años en la Universidad de La Laguna: "Sin maestros así, la vida sería un erial de silencio y de arrogancia".

Si hablamos de silencios, tengo la convicción de que *El infinito en un junco* no existiría sin las oportunidades de formación que encontré en mi camino. Decía que estudié en la universidad pública, donde disfruté de matrículas gratuitas durante toda la carrera. Después, pude doctorarme gracias a una beca, que incluyó estancias en Florencia y Oxford. Me abrieron las puertas de numerosas bibliotecas universitarias, que son los pulmones de la investigación, los recipientes del oxígeno, su pulso y su impulso. ¿Qué hice yo para merecer eso?

La palabra Facultad, que viene del latín *facultas*, significa según el diccionario RAE derecho (o poder) para hacer algo. Es decir, creer en las oportunidades y crearlas.

Mis abuelos fueron maestros en el mundo rural: Lierta en Huesca, Aldehuela de Periáñez en Soria, Lituénigo en Zaragoza. Entonces cada aldeíta, por minúscula que fuera, contaba con su escuela y cada escuela con su maestra. Mi abuela Pilar, que se crio en la capital, recordaba el impacto de llegar a su destino. Destino: es poético llamar así al lugar donde te envían a ejercer tu

oficio. El destino era un pueblo en la dura postguerra de todos: de tiempo en tiempo, lo sabemos, la guerra viene a habituarnos a la derrota. Ella viviría junto a su madre viuda en una casa pequeña de muros de mampostería y tejados de losas de piedra. Tantas veces me habló de aquellas penurias, de los sabañones, del frío, de la llegada de los meses de las nieves y del hielo. Por las mañanas el sol tardaba en desenfundar su tibia luz. A media tarde ya oscurecía. Las noches eran muy frías: al despertar se encontraban helado, bajo las camas, hasta el contenido los orinales. Mi abuela pintó las ventanas, limpió los cristales y arrancó las malas hierbas de un huertecillo anejo al edificio escolar. Traía agua de la fuente con cubos y cántaros.

La épica de estas historias de una maestra –pido prestado el título de su novela a Josefina Aldecoa– forja mi memoria familiar. Tuve tres abuelos que también creían, como el profesorado de la UNED, que la educación debía llegar a los rincones más recónditos.

Algunas personas tienden a reducir el sentido de estas peripecias humanas a la rentabilidad laboral futura. Dejaré responder a uno de esos superfluos y obsoletos clásicos grecolatinos, Plutarco, en *Sobre la educación de los hijos*: "Un día un hombre le preguntó a Aristipo de Cirene, discípulo del célebre filósofo Sócrates, cuánto le cobraría por educar a su hijo. Al escuchar la suma que le pedía Aristipo, el padre, indignado por la respuesta, contestó que por ese precio se compraba un esclavo. "Entonces, dijo el filósofo, tendrás dos esclavos: tu hijo y el que compres".

Nuestro hijo necesita apoyos especiales. Hace tan solo unas décadas, niños como él quedaban fuera de los recintos del aprendizaje, a la intemperie. Sus historias se retiraban silenciosamente a las casas, a la intimidad de las familias. Hoy la escuela ha cambiado para aprender a recibirlos. Al fin y al cabo, aprender es más que adquirir un repertorio de conocimientos. Como escribió Plutarco en *Sobre cómo se debe escuchar*: «Educar no es llenar una vasija, sino encender un fuego».

Del latín *focus*, "fuego" proviene la palabra "hogar", originariamente el lugar donde se encendía la hoguera en la cocina. En cada casa había una llama viva, objeto de uno de los cultos más antiguos que conocemos. El clan se reunía en torno a ella, y ese círculo de cercanías configuraba el hogar. Las llamas, como las olas, bailan una danza incesante, rítmica, que fascina la mirada y que mece el pensamiento y las emociones en dirección a un mundo flotante, donde moran los recuerdos y la fantasía. Sentados en corro, bañados por la luz de la hoguera, nuestros antepasados remotos intentaron por primera vez atrapar con una red de palabras ese mundo de sueños y temores. Al convivir en torno al fogón, la manada se convierte en familia. Del hogar y de la palabra poética surgen los mitos colectivos, los imaginarios, la memoria y el asombro ante el universo. En ese perímetro surge la narración, el viaje a esos territorios paralelos agregados al mundo terco y fáctico de la realidad a secas. A partir de entonces, al bosque no solo acuden a la búsqueda de alimento y leña, sino también perciben y persiguen el destello de hadas y duendes, el horror de monstruos y el misterio de héroes, almas en pena y ninfas. Allí las palabras rituales invocan otros mundos al susurrar: 'Érase una vez'. Al amor de la lumbre brotan audaces las preguntas: el niño arde en deseos de saber cómo nació la semilla del fuego, de dónde viene el sol y el lecho en el que se acuesta cuando amanece. Allí surge el deseo de conocer los resortes de nuestros actos, el contorno de los peligros, la contextura de la valentía y el enigma de la vida que somos. Allí se habla del origen de los seres humanos, animales dotados de palabra, y de senderos, arroyos y árboles habitados por espíritus.

Lo dijo Plutarco: la escuela es una filial de ese fuego que cobijó los primeros cuentos y las preguntas precoces. La palabra 'escuela' viene del griego 'scholé', que significa 'ocio'. Los griegos pensaban que las horas de estudio son tiempo de recreo para uno mismo, frente al trabajo, que te pone al servicio de un amo o del dinero. La escuela nos permite escapar a la esfera

del puro sobrevivir para adentrarnos en la del vivir. Aristóteles escribió: «En el principio de toda buena acción, está el ocio», o sea, la educación y la cultura.

El filósofo Sócrates fue un gran ocioso del pensamiento. Merodeaba por el ágora y las calles, tratando de convencer a los atenienses para que interrumpieran sus tareas y se demorasen en conversaciones. Veía en la amistad, el diálogo entre el maestro y sus discípulos y la discusión intelectual actividades hermanas, la médula de la libertad. Cubiertas las necesidades básicas de la vida, la siguiente conquista social es el aprendizaje y el saber. La palabra *studium* significaba "afición, afán, empeño, cuidado". Y a las aulas de primaria las llamaron *ludi*, juego. Todos estos términos apuntan al léxico de la actividad apasionante, la afición y el juego. Esta es la lección de los antiguos: la escuela, aunque sea obligatoria, nos hace libres.

Josep María Esquirol escribe en *La escuela del alma*: «Hay casa porque hay intemperie. Y la intemperie pide amparo. Hay escuela porque hay mundo. Y el mundo pide atención. Hay casa y hay escuela porque, en el amparo y en la atención, cada uno puede hacer camino y madurar, para dar fruto. ¿Qué tipo de fruto? Más casa y más mundo. La puerta de la escuela está abierta. Dentro no hay paredes ni techo. Hay amplitud, e hileras curiosas: de nubes y de letras, de números y de herramientas, de pájaros y de sueños».

En medio de corrientes agitadas que exasperan la insatisfacción, como antesala del consumo y la confrontación de voces airadas, me emociona verbalizar esta honda gratitud.

Admiro la vocación social de la UNED, que atiende la educación de quienes afrontan los mayores obstáculos. Hace más hospitalario el estudio para todas esas personas, sea cual sea su condición o procedencia, sus circunstancias de vida o situaciones adversas. Sé por mi propia experiencia que esas manos tendidas son vitales.

Ya el hispano Séneca se preguntó por qué proteger al más desvalido. La experiencia de la fragilidad y el dolor modeló sus ideas. En sus famosas

Epístolas a Lucilio describió la convivencia como una arquitectura del cuidado: «Las manos han de estar dispuestas a ayudar. La sociedad se parece a una bóveda, que se desplomaría si unas piedras no sujetaran a otras, y solo se sostiene por el apoyo mutuo». No podemos olvidar, aseguraba, los vínculos que ciñen la felicidad a la justicia, el individuo al grupo. Nos conviene formar sociedades donde tengan cabida el cobijo y la seguridad, así expandimos nuestra posibilidad de convivencia y de felicidad. La sensación de comunidad alivia el miedo a la incertidumbre, amplía el horizonte de nuestra mirada, nos impulsa a aventurarnos. Séneca creía que la gratitud trenza las redes de asistencia que un día nos sostendrán: «Todos, cuando favorecen a otro, se favorecen a sí mismos, porque el socorrido querrá socorrer y el defendido proteger, y el buen ejemplo retorna, describiendo un círculo, hacia el que lo da, igual que los malos ejemplos acaban recayendo sobre sus autores». Por separado somos hebras sueltas en una enmarañada madeja y solo nos anudamos cuando nos ayudamos.

Un hilo ininterrumpido de esperanza une los libros de las Misiones Pedagógicas que heredé de mi abuelo maestro y los apoyos que hoy recibe mi hijo en la escuela para atender sus necesidades especiales. En nombre de cuatro generaciones de mi familia, gracias a la sociedad que ha hecho posible este infinito: el logro colectivo de abrir el hogar y la hoguera cálida del conocimiento.